

Recibido: Marzo 28 de 2010  
Aceptado: Septiembre 9 de 2011

# La infancia a lo largo de la vida y de la historia



Julia Braun  
Sociedad Argentina de Psicoanálisis

## ABSTRACT

*This paper examines the concepts of childhood throughout history in order to emphasize that 'childhood' and 'motherhood' do not constitute natural or ontological concepts.*

*From the conception of the child as an unfinished, diabolical and disturbing being, or of childhood as a passage undeserving of any particular attention until the child has become a being 'for the war', or an 'apprentice adult', it was necessary to wait for Freud, who gave the child the status of subject.*

*The paper discusses the importance of discovering, or else, 'constructing', in the transference field of every analysis, the child within the adult, generating a space of play, as the search for analysis is launched in the adult by those disharmonious and ineducable infantile remains that prevent the adult from fulfilling the ideal of a faultless individual.*

*The radical change in the conception of childhood made by psychoanalysis has been*

## RESUMEN

*El trabajo recorre los conceptos de infancia a lo largo de la historia para destacar que niñez y maternidad no constituyen conceptos naturales u ontológicos. Desde la concepción del niño como un ser inacabado, diabólico y perturbador, o como un estado de pasaje que no merece especial atención hasta llegar a constituirse en un "ser para la guerra", o como un aprendiz de adulto, es necesario llegar a Freud para otorgar al niño el status de "sujeto".*

*En el trabajo se considera la importancia de descubrir o, en todo caso, construir, en el campo transferencial de todo análisis, el niño en el adulto, generando un espacio lúdico. Dado que la demanda de análisis es generada en el adulto por aquellos restos infantiles ineducables y disarmónicos que le impiden cumplir el ideal de adulto sin fallas.*

*El cambio radical en la concepción de la niñez producido por el psicoanálisis fue reconocido por la Convención sobre los Derechos*

*acknowledged by the United Nations' Convention on the Rights of the Child. In fact, the United Nations requested the contributions made by psychoanalysis on this subject and John Bowlby was the one who prepared a report which later became known as Maternal Care and Mental Health.*

*del Niño de las Naciones Unidas cuando para instituir los Estatutos de los Derechos del Niño pide el aporte del psicoanálisis. Y es John Bowlby quien lo elabora en un texto que luego será publicado con el nombre de Los cuidados maternos y la salud mental.*

DESCRIPTORES: PICOANÁLISIS DE NIÑOS - SUJETO - JUEGO -  
INTERPRETACIÓN - ATENCIÓN - DERECHO - NIÑO

## *La infancia a lo largo de la vida y de la historia*

*En recuerdo de Emilio Rodríguez que  
supo ofrecerme su atención lúdica*

Llamamos infancia al primer período de la vida. Es el período en el que los humanos nos llamamos niños, luego siguen otros, como adolescencia, juventud, edad adulta, vejez...

Dentro del gran arco de la infancia a lo largo de la vida, me centraré en el interrogante que plantea el niño presente en la vida adulta valiéndome del psicoanálisis, que nos proporciona un buen puesto de observación desde el dispositivo que induce la regresión y el andamiaje teórico como guía.

En principio debemos advertir que no hablamos siempre del mismo niño, no es el mismo niño a lo largo de la vida ni es el mismo niño a lo largo de la historia social. Tampoco el "niño del psicoanálisis" es el mismo después de cien años de teoría y práctica. Ni el adulto es una acumulación lineal de experiencias que comienzan en la niñez. El trayecto del niño al adulto es el producto de sucesivas re-subjetivaciones que acaecen en el transcurso de las etapas vitales.

El recorrido de la niñez a la adultez se conforma por rupturas, nuevas construcciones y resignificaciones que transforman, conservan, pierden, ganan, modifican y crean nuevos sentidos, estructuras, matrices, códigos, etcétera. Así podemos decir que en el sujeto adulto se amalgaman adquisiciones adultas con las infantiles que permanecen y cambian, conformando una organización psíquica compleja y dinámica. Haciendo extensivo el concepto kuhniano podríamos pensar que nos encontramos con cambios de paradig-

mas para comprender la infancia tanto al nivel de la historia social como de la historia individual.

Si bien Freud realizó una brillante inferencia observando a su nieto en el juego del carretel, sabe más del niño por lo que descubrió en el adulto. En *Tres Ensayos*, Freud construye las teorías sobre la sexualidad infantil desde su trato con pacientes adultos. Y sabemos que aprendió sobre el niño mucho más del análisis del *Hombre de los Lobos*, que del intermediado análisis que realizó con Juanito.

Si bien niñez y maternidad se conciben como conceptos naturales, ontológicos, fuertemente asociados en nuestro imaginario actual a la condición de inermidad de la cría humana, ambos son sin embargo constructos epocales si los enfocamos desde la perspectiva de la historia social.

### La infancia en la historia

Durante siglos la infancia fue considerada como un tiempo de pasaje sin importancia, confinada a extramuros de la ciudadanía, en la que el niño aprendía simplemente de su coexistencia con los adultos y en algunos casos se encontraba a su servicio utilitario. Imperaba la concepción del niño como ser inacabado, sujeto ignorado, forma inmadura de adulto, o ser diabólico y perturbador que no merecía ninguna especial atención. Veamos algunos de los paradigmas vigentes en las distintas épocas y culturas.

Ignacio Lewkowicz (2004) realizó una investigación sobre creencias y costumbres en la sociedad espartana. En Esparta, se consideraba que cuando un hombre alcanzaba el quinto ciclo de siete años, es decir cuando llegaba a los 35 años, comenzaba su decadencia. Los espartanos creían también que los hijos heredaban las cualidades adquiridas y presentes en el momento de la fecundación. Es decir que un niño engendrado después de los 35 años, heredaría sus cualidades decadentes. Así que, si un hombre a partir de los 35 años, quiere darle un hijo “a la comunidad”, se prescribe que debe hacer fecundar a su mujer por un soldado en la plenitud de su edad. Luego el niño sería alimentado por una comunidad rotativa de nodrizas. Si el cachorro humano sobrevivía, era porque el padre había engendrado en buenas condiciones o, porque había dejado a tiempo el lugar a otro hombre más joven para que fecunde a su mujer. Cuando pasados los años, esos hijos partían a la guerra, el coro de madres entonaba cánticos para rogar que los hijos regresaran sobre sus escudos es decir, muertos en batalla. En estas condiciones, esas madres serían

homenajeadas. Regresaban sin escudo los que abandonaban la lucha, y en este caso, las madres se encerraban avergonzadas.

En otro modelo social de la Grecia Antigua, un ciudadano ateniense se servía de tres mujeres: una era la esposa para la descendencia legítima, otra la concubina para los cuidados cotidianos y la tercera, la cortesana, para los placeres de la carne. Desde la mirada del hijo la madre no era la amante, ni la mujer que cumplía la función de cuidar al padre, era una mujer que cumplía exclusivamente la función de la maternidad.

Distinta era la concepción de familia en la Roma Antigua donde se la consideraba uno de los pilares de la sociedad. Cicerón resolvió que el amor debía quedar fuera del matrimonio ya que una institución primordial de la República como el matrimonio, no podía estar sometida al vaivén de las pasiones.

El amor y la familia se constituyen en valores con la institución de la sociedad burguesa. Se unifican las tres funciones que cumplía la mujer para los atenienses: esposa, concubina y cortesana convergen en la madre, que estará destinada fundamentalmente a amparar al hijo que llega al mundo en condiciones de desamparo primordial.

Para la concepción burguesa los niños son aprendices de adultos. Destima al niño en sus capacidades y potencialidades como consecuencia de concebirlo incapacitado para pensar. La familia y luego la escuela ejercen la función de prepararlos para ocupar el lugar de futuros ciudadanos concebidos a imagen y semejanza del ideal social y del orden prevalente en las familias pertenecientes a los distintos estratos sociales. En las clases altas, para que cumplan los ideales de la burguesía ascendente. En las clases populares, para la educación práctica.

En este entorno, en el más conspicuo espacio de la sociedad victoriana, la Viena de principios del siglo XX, Freud introduce un cambio radical al otorgar al niño su condición de “sujeto” al mismo tiempo que reconoce la prematuridad de su nacimiento y la necesidad del cuidado de otro. Continuando con este desarrollo Winnicott establece la figura de la dupla madre-bebé.

El psicoanálisis instituye por primera vez al niño como sujeto con voz, necesidades y derechos propios, con necesidad de ser escuchado y reconocido y le asigna el importante lugar de ser el cimiento del ser adulto que va a advenir.

La concepción del “niño de Freud” es un total desafío al niño de la

sociedad victoriana disciplinado, educado y desconsiderado. Freud reconoce a un niño del goce instalado en el principio del placer, el yo ideal, la perversión polimorfa y la progresión hacia la institución del principio de realidad.

En el siglo XX los hallazgos del psicoanálisis cambiaron el rumbo del concepto de infancia y crearon pautas nuevas para la crianza, la puericultura, la educación, la legislación, pautas que se extendieron a todos los aspectos de la cultura.

Cuando en 1948 la Comisión Social de las Naciones Unidas, frente a los estragos producidos por la guerra, resolvió realizar un estudio acerca de las necesidades de los niños sin hogar, la Organización Mundial de la Salud recurrió a una prestigiosa institución psicoanalítica, la Clínica Tavistock, para abordar el problema. El informe fue realizado por el psicoanalista John Bowlby, investigación que posteriormente dio lugar al libro: “Los cuidados maternos y la salud mental”.

En 1989 la Asamblea de las Naciones Unidas adoptó la Convención sobre los Derechos del Niño, que fue ratificada por 191 países. Argentina lo hizo en 1994 y la incorporó a la Constitución Nacional.

## El niño en el adulto

El tránsito de la infancia a la adultez es un pasaje disarmónico e imperfecto que va a dejar siempre un resto ineducable y significativo en la vida adulta. El psicoanálisis lo reconoce como “neurosis infantil” y va a constituir uno de los pilares teóricos y clínicos, fuente explicativa de malestares y síntomas que pueden aparecer a lo largo de la vida.

Es ese resto ineducable el que va a generar la demanda de análisis. El sujeto que se supone adulto acude al análisis cuando de alguna manera no logró cumplir el ideal de un grande sin fallas, así como se supone que tampoco ese adulto habrá atravesado una niñez sin fallas.

Del niño que existe en el adulto tomamos conocimiento a partir de mitos y relatos, que descubren versiones de infancia. Muchas veces éstas se corresponden con relictos de aquellos paradigmas de la historia de la niñez antes mencionada, que se creían superados. Las versiones nos ponen en contacto con historias “fantasmagóricas” del niño y su entorno: deseado, no deseado, ignorado, desestimado, diabólico, utilitario, víctima de indiferencia, violencia, sobreprotegido, abandonado. Con sus potencialidades, logros, fracasos y sus diversos avatares.

El niño va a ser atravesado por los cambios de las configuraciones que adoptan las familias y los vínculos familiares, los cambiantes modelos de

parentalidad, el avance de la tecnociencia y va a ser portador de las marcas de las diversas circunstancias y el azar que le depare su historia personal

En el análisis, se construye la infancia con elementos de memorias, trazas, huellas, matrices, insights, estructura, rasgos, cicatrices, carencias, vacíos amalgamados en la subjetividad, integrados o disociados del tejido y la trama constitutiva que el sujeto adulto nos va a proporcionar. El campo transferencial lo hace posible en un clima propicio de calidez, aceptación y confianza. Disponemos para ello de un abanico de teorías, la sexualidad infantil, la genitalidad, el Edipo, las posiciones kleinianas, el verdadero o falso self, el espacio transicional, la madre suficientemente buena, el pictograma, el proyecto identificador, el padre idealizado asegurador, la fortaleza del Yo, la institución de la ley del padre, etcétera.

Se supone que todo análisis debería llegar a descubrir el niño en el adulto, aunque se reconoce que en los distintos modos de concebir el análisis en la contemporaneidad el valor que se asigna al análisis de la neurosis infantil ha variado.

Una vía de acceso facilitadora a las memorias de infancia en el campo analítico es la posibilidad de integrar la experiencia lúdica y el humor, en tanto vivencias transferenciales como respuestas emocionales significativas.

Emilio y Genevieve Rodríguez hablan de la interpretación lúdica, de la caja de juegos del niño equivalente a la caja de fantasías del adulto y de la atención lúdica del analista.

“de la misma manera como el terapeuta de niños le ofrece el cajón de juguetes al chico al iniciar el tratamiento, en el análisis de adultos los pacientes encuentran dentro de los confines de la situación analítica, que una oportunidad se les brinda para que “saquen afuera” y movilicen su bagaje de fantasías” [...] “El adulto operará con ellas en el encuadre terapéutico de la misma manera como el niño juega con sus juguetes” (Genevieve de Rodríguez, 1966, p. 120). “La interpretación lúdica comienza con una toma de contacto directa y sensorial del material empleado por el niño” (E. Rodríguez, 1966, p. 135).

Una pequeña viñeta puede ilustrarlo. El paciente es un hombre que ocupa el más alto cargo en una importante institución donde se desempeña con gran eficiencia y reconocimiento. Este aspecto valorado de su self se registra en un espacio disociado de su mente del que no puede obtener ninguna gratificación sino por el contrario, una permanente sensación de esfuerzo agobiante. Prima en él un sentimiento trágico de la vida, cargado de culpa, deu-

das morales impagas y exigencias. Se declara “un hombre sin infancia”. Como se podrá suponer, el tema fue muy analizado en sus distintos aspectos a lo largo de mucho tiempo, pero el sufrimiento y la desesperanza se mantenían incólumes.

El paciente comienza una sesión diciendo que se va por el fin de semana largo a su casa de campo ya que se encuentra terriblemente agotado y desbordado y le es muy necesario tomarse esos días de vacaciones para descansar. Y continúa, pero... y las obligaciones que quedan sin resolver, el trabajo que va a seguir acumulándose, a la vuelta va a ser terrible y el agotamiento va a aumentar y en lugar de alcanzar el anhelado descanso voy a terminar sintiéndome peor. Al final como siempre, va a ser peor el remedio que la enfermedad.

En esta oportunidad a diferencia de lo habitual lo que escuchaba produjo en el analista un sentimiento de ternura, al mismo tiempo que debía contener la risa. La escena semejaba una parodia de sí mismo, como si el paciente estuviera actuando su propia caricatura. En un estado de absoluta disociación no trasuntaba el más mínimo sentido de humor. Este efecto contratransferencial gozoso no compartido constituyó para el analista, un indicador de la imposibilidad que tenía el paciente para crear un espacio lúdico-transicional. Este hombre cargaba con una madre quejumbrosa, demandante e hipocondríaca, lugar que aún hoy sigue ocupando. El analista pensó en la necesidad de construir compartidamente ese espacio en su análisis, que le ofreciera la posibilidad de una vivencia confiable distendida y lúdica. Algo de eso pudo transmitirle, el paciente terminó la sesión extrañado y se fue con un asomo de sonrisa en su rostro. El analista pudo comprobar con el paso del tiempo que esta sesión había constituido una bisagra en su análisis, a partir de la cual pudo comenzar a construirse el espacio transicional lúdico que permitió abordar la carga que significaba su sobreadaptación instalada en su infancia. Sobreadaptación que en razón de su sentido trágico de la vida y la carga de deuda moral crónica, había sido imposible abordar. La creación de un espacio lúdico, constituyó una experiencia vivencial que dio cuerpo a una afirmación permanente repetida y vacía: “soy un hombre que no tuvo infancia”. Pudo llegar a “descubrir su infancia” no vivida, en tanto había sido uno de esos niños condenados a soportar la depresión de su madre, al mismo tiempo que debía de hacerse cargo de los graves problemas de la cotidianidad familiar, posición que aún hoy persiste.

Por último, unas palabras de Jean Bertrand Pontalis, un psicoanalista que con el psicoanálisis sabe hacer poesía:

“Son un manantial en el presente, una fuente viva, nunca agotada, que Freud llama infantil. Lo infantil es lo sexual indiferenciado en que pueden coexistir ternura y sensualidad, masculino y femenino, activo y pasivo. Al no estar subordinado a una función, ni ligado a órganos específicos, permanece totalmente ignorante del principio de realidad y quizás incluso no sometido al principio del placer que implica una cierta finalidad. Lo sexual sin principio. Lo infantil no tiene edad. No corresponde a ningún lugar, a ningún tiempo asignable.” (Pontalis, 2005, p. 25)

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Corea, C., Lewkowicz I. (2004). La institución materna. En *Pedagogía del aburrido*, Cap. 5 pp. 95-103. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. *Tres ensayos de teoría sexual* (1978[1905]). Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1978.
- Pontalis, J.B. (2005). *Este tiempo que no pasa*, Buenos Aires: Topía Editorial.
- Rodrigué, E. Rodrigué, G. T. de (1966). *El contexto del proceso analítico*, Buenos Aires: Paidós.